

MONTEVERDI ABIERTO

Pasaba de lejos por las llanuras de Talarrubias viendo el Castillo de Alcocer resistiendo al tiempo, subido a las rocas de su cerro. Los sopores de las peptonas tras una prudente comida me llevaban adormilado por aquellos lugares. Yo no conducía y el coche mecía a los dos con un pausado traqueteo propio de las carreteras con chichones. Con la turbación, me llegó la imagen del castillo y fue inevitable pensar en Monteverdi, en la Edad Media y el comienzo del amanecer del Renacimiento. Alguien le llamó así porque lo anterior fueron tiempos de muy lenta evolución. De un dormir embotado por el concepto antiguo del poder como instrumento para la sumisión por la violencia; el humanismo pedía a gritos reivindicar al hombre libre e inteligente.

Me contaron que el castillo de Alcocer tenía todavía los restos de sus habitaciones, marcado su solar en las filas de huecos donde hubieron vigas y robustas tarimas; alojamientos hechos en la pared, vacíos de madera, colgados en sus muros desnudos. La sombra de la fortaleza se proyecta hacia el norte en la inmensa llanura, que hoy se ve en parte bañada por las aguas empantanadas. Una de sus salas para habitación tuvo una hermosa chimenea y aun hoy resiste su empinada campana sujeta a los altos muros. Desde allí se vio como llegaban los días, los enemigos y las amables visitas que engrandecieron a su población. Debieron sonar los instrumentos de metal con toda su fuerza. Como las composiciones de Claudio Monteverdi, todavía vivo en sus luminosas composiciones.

La imagen del castillo da fe de las notas que resonaron en mi recuerdo en madrigales del compositor italiano y renacentista. Es la música de este hombre llamada abierta a la fiesta y al ensueño. Sus madrigales llegan con la súbita tensión del aviso al amanecer, los toques de reunión para la danza, para el sosiego, para el recuerdo de canciones populares repetidas a varias voces con la ingenuidad propia del limpio de ánimo. Música del renacimiento rompiendo el comienzo de un barroco que tanta genialidad nos daría después. Ilustrador en sus madrigales, poemas hermosos, breves y sencillos. Madrigales como los del poeta español Gutierre de Cetina de gran belleza, en aquellos sus versos, (todo un pensamiento delicado y espontáneo): «...sabrosa noche que en tal dulce afrenta / el triste despedir me vas mostrando...» Madrigales que Monteverdi recita con los instrumentos de cuerda y metal dejando abierta siempre una llamada, un reclamo, un toque de atención para elevar los ánimos encogidos.

Viendo el Castillo de Alcocer alejarse, subido en sus rocas, sobre su pueblo ya apaciguado de los conflictos de la antigüedad y sin más temor que el seguir viviendo, resonaban las notas de la música de Monteverdi, que siempre me dio la impresión que